

participación política. Ése es un nuevo reto a afrontar. Aceptar la modificación de lo establecido, si ello facilita la integración de un mayor número de ciudadanos diversos y plurales, aunque no indiferentes.

Estas y otras ideas se van entrelazando entre los capítulos de los distintos autores. Con *Aprendiendo a ser ciudadanos*, sus editores, Jorge Benedicto y María Luz Morán, han hecho posible el avance hacia la comprensión de la complejidad que plantea la incorporación de los jóvenes a la vida democrática. Se trata de un nuevo instrumento a sumar a aquel otro trabajo, *Jóvenes y ciudadanos*, que ambos autores publicaron en el año 2000. Un punto de referencia imprescindible para aquellos que nos sentimos interesados por la vida en común hacia una buena sociedad.

Teresa MONTAGUT

---

## José María Mardones

### La vida del símbolo

(Santander, Sal Terrae, 2003)

### La indiferencia religiosa en España

(Madrid, Ediciones Hoac, 2003)

---

Si algo define el espíritu de nuestro tiempo es la omnipresencia de la imagen. Con ella se re-

genera la piel gastada de un capitalismo que, para subsistir, ha sustituido el trabajo abnegado por el consumo compulsivo y la ética por la estética. La forma de vida del artista basada en la extravagancia, la autoexperimentación, la aventura, se difunde como pauta de acción del nuevo capitalismo informacional que, al decir de Bauman, vende y promueve identidades de quita y pon. Su aparato de producción no cesa en el empeño de nutrir la dimensión onírica del individuo incitándole a transgredir y modificar sus estilos de vida, sus hábitos, sus atuendos, su sexo, etc. Se trata del olvidar. De maquillar el inexorable paso del tiempo y de vivir renovando el rostro y la figura. El hombre de nuestros días encuentra su reflejo en *el retrato de Dorian Gray*, lozano, sin mácula, ajeno a las arrugas.

Sin embargo, esas metamorfosis que convierten a nuestras identidades en entidades versátiles y pasajeras no comprometen otras instancias de la vida humana que las lúdicas. Transcurren sin dejar huella en el alma, sin dejar rastro, ni dolor. Sin necesidad de echar la vista atrás. Se realizan sin pagar otra contraprestación que la meramente económica. No hay precio simbólico porque de ellas se han esfumado el sufrimiento, el desgarrar, el compadecimiento y, en el extremo, el re-encuentro fecundo con los límites desde los que experimentar el autoconocimiento personal. Vivimos tiempos de indolencia y de anestesia e indiferencia moral ante un dolor que hemos convertido en espectáculo; en definitiva, en imagen.

Los dos últimos libros de José María Mardones, *La vida del símbolo* (Sal Terrae, Santander, 2003) y *La indiferencia religiosa en España*

ña (Ediciones Hoac, Madrid, 2003), constituyen sendos análisis complementarios sobre la confusión generalizada que vive el hombre de nuestra época entre *el culto a la imagen*, que le liga a lo dado bajo la apariencia de cambio, y *la imagen del culto*, cuya experiencia le transforma en su ser más profundo bajo una atmósfera de solemnidad y quietud. En este sentido, son aportaciones necesarias de un pensador con una extensa y prestigiada obra con la que, desde la inquietud, la búsqueda y el rigor, ha analizado las vicisitudes de la experiencia religiosa en la sociedad contemporánea.

Se trata de análisis enormemente clarificadores que pretenden tomar la temperatura a nuestros sistemas de creencias religiosas. Y para ello centran su atención en un aspecto a menudo desatendido por los mismos idearios religiosos, así convertidos en meras fuentes de adoctrinamiento moral. El punto de encuentro de ambos trabajos es el *símbolo*, auténtico *fons et origo* de las experiencias religiosas que devuelve a éstas a su feudo natural: el misterio y la trascendencia, y las aleja de las tentaciones del poder. Ambos libros destacan por la valentía de un autor que, tras haber estudiado los puntos de confluencia de la sensibilidad religiosa contemporánea con la postmodernidad, con el capitalismo, con la política, lleva la reflexión hasta el límite que define el corazón del hecho religioso. El símbolo.

Vilipendiado por el positivismo iconoclasta hegemónico en el mundo de la ciencia moderna e incrustado en el imaginario de nuestras sociedades pretendidamente evolucionadas y desencantadas, incomprendido por determinados movimientos religiosos fundamentalistas que, a

consecuencia de la pretensión homogeneizadora de la globalización, brotan con gesto excluyente y dogmático, acallado por la avalancha de imágenes consumistas que sobreestiman la conciencia a cambio de despojarla de su potencial creativo y crítico, el símbolo ha ocupado un lugar menor en la reflexión teológica y en las expresiones religiosas de la modernidad.

Y, sin embargo, constituye el riego vital de cualquier forma religiosa que, ante todo, se formule como *experiencia humana* de los límites: el misterio, la incompreensión, el sufrimiento, la muerte. El símbolo remite a la necesidad de la conciencia humana de abrirse a la potencia de lo sagrado que, silente y callada, nos visita sin previo aviso, nos turba y nos empuja a la trascendencia. A trascender nuestros límites físicos y socioculturales. Se trata de un lenguaje indirecto y vibrátil que, desde la evocación y resonancia, invita al fiel y al hombre en general a *pensar en relación*, a *ver lo uno y lo otro*, la luz y la sombra, la razón y la pasión, el límite y lo i-límite. El símbolo constituye el puente que liga los polos de toda clasificación binaria y que nuestra secularizada sociedad ha incomunicado. Lo que reúne los fragmentos sueltos y rotos de una modernidad diferenciada. Lo que une al hombre a otras regiones de una realidad que, como dice Raimon Pannikar, es *trinitaria*, compuesta por el hecho humano que no la agota, además de por el hecho natural y por el misterio inescrutable. En definitiva, *cosmoteándrica*, según el propio Raimon Pannikar.

El enfoque simbólico que preside estos trabajos de José María Mardones sobre la religión no congenia con el literalismo grosero y con la sumisión estéril a lo dado que predomina en

nuestra cultura. Ya sea el positivismo en el mundo de la ciencia, la expresión fundamentalista de ciertas religiones o la omnipresencia sofocante de la imagen mediática, todos estos casos, y a pesar de sus diferencias, comparten el desdén para con *la alteridad* y, por ende, para con los aspectos semánticos y axiológicos de nuestras vidas. Comparten más. El miedo a encarar el silencio y el abismo más allá de los, en apariencia, sólidos cimientos que sostienen nuestras vidas, la zozobra ante aquello que excede los límites de nuestra comprensión y que por ello es inexpressable o, si acaso, expresable indirectamente, con símbolos. Es decir, con rodeos, sugerencias, resonancias que dejan la puerta abierta a otras interpretaciones venideras porque su caudal semántico es inagotable.

Mircea Eliade hablaba de *hierofanías* al referirse al símbolo. Con esa expresión aludía a la doble dimensión de todo mensaje simbólico, a la ambivalencia que le constituye. No en vano, al tiempo que *abre* puertas a la comprensión consciente relativa a la complejidad de lo real, también las *cierra* ya que ninguna interpretación dice la última palabra. La inagotabilidad y la infinitud del mundo escapan a los barrotes del sistema conceptual y de la clasificación, cuyas estructuras lógicas no aciertan a capturar la abundancia inherente al mundo. Sólo nos queda llegar a los límites del acantilado y perder la mirada en un horizonte en el que no se avistan límites, ni cortes, ni fronteras. El miedo al símbolo es, en definitiva, el miedo a la crecida del vértigo que nos produce la presencia *ausente* del *silencio sonoro* fundacional, sólo combatible con el ruido y el bullicio consumista imperante en nuestros hábitos de vida.

Como muy bien nos indica el autor, en especial a lo largo de *La indiferencia religiosa en España*, el reto de las actuales expresiones religiosas radica en redescubrir el núcleo simbólico para, así, restituir la auténtica condición de toda propuesta religiosa, que no es otra que la de ser *desencadenante de experiencia, estímulo para la búsqueda, horizonte de interpretación*. No son tiempos de una espiritualidad mortecina que, antaño, se identificaba con un marco doctrinal y teórico regulador del comportamiento y obturador del soplo semántico y trascendente propio de toda fe religiosa. Es un hecho, constatado ya por Durkheim, que las expresiones religiosas varían, nacen y mueren en la historia, pero su centro sagrado y creador es inmortal. En sus recurrentes regresos los hombres se proyectan hacia escenarios ideales en los que espera la añorada plenitud.

Hoy, a grandes rasgos, las expresiones religiosas transitan el terreno de lo mundano, dialogan con él, hurgan en sus niveles profundos, lo penetran hasta barruntar tenues reflejos de trascendencia. La naturaleza, la materia, los cuerpos, la vida animal, constituyen enclaves simbólicos de la nueva religiosidad que no huye del mundo, sino que detecta en él las huellas de lo trascendente. El contacto con *el más allá* se traba desde *el más acá*. Nunca al margen de lo mundano. Se trata de una experiencia religiosa en la que el individuo trata personalmente y a solas con *la alteridad* al margen de la Iglesia, las doctrinas y las normas. Al margen de confesiones. En ella se reivindica la soberanía del individuo ante el cometido ineludible e intransferible de abrirse al Misterio. En este sentido, la quiebra de los ancestrales vicios de un cristianismo de corto aliento centra-

do en la homologación de comportamientos y conciencias, y el afán del individuo contemporáneo por dar expresión a su vivencias personales, confluyen en la idea de *experiencia* como nota característica de la religiosidad actual. El individuo se abre a la trascendencia sin la mediación eclesiástica, al margen de confesión alguna, buscando la máxima pureza en su contacto con lo divino. Se trata de «experiencias laicas del Misterio» que afloran en creencias como el reencuentro con la Madre Naturaleza, en el cuidado extremo de la vida corporal, en la búsqueda de equilibrio psicósomático, en una expresividad afectiva sin barreras de ningún tipo.

Ya no rige la religión doctrinal que tendía a homogeneizar pensamientos y actos y que, en el extremo, se convertía en fuente de poder. Hoy *la religiosidad mundana* ofrece pautas simbólicas, es decir, sendas, caminos y cauces con los que *experimentar* ese misterio que también somos más allá de nuestra autoidentificación con una sociedad y con ciertos roles profesionales y familiares. La dimensión simbólica no es ni mera falacia (positivismo) ni constituye la auténtica realidad (fundamentalismo). Más bien, aporta pistas y vías que transitar con ayuda de educadores religiosos que hayan experimentado en sus carnes el mensaje simbólico, que le hayan *hecho carne, carne propia*. queda pendiente, por tanto, la pregunta por el papel del cristianismo en nuestra cultura, en la que su presencia se difumina, se pierde o, sencillamente, se encuentra en proceso de cambio. Los viejos modos ya no sirven. La nueva religiosidad no exige doctrina ni tratados teológicos. Ansía eliminar las media(tiza)ciones de antaño que dibujaban un Dios desencarnado y

convertido en mera idea a digerir conceptualmente.

La dimensión simbólica de la religión abre otro frente a tener muy en cuenta en los tiempos que corren. Se trata de la cuestión del diálogo, y en particular del diálogo interreligioso. Abierta la vía del símbolo, desfallecen las posturas religiosas que se pretenden verdades inquebrantables. Las verdades no son ellas, sino las vías y los espacios de búsqueda que ofrecen sus símbolos. Dicho de otro modo, la verdad es el camino, el tránsito; la verdad es la indagación que, acompañados de dudas e incertidumbres, nos obliga a abrirnos a lo desconocido, al otro, a la diferencia. La ruta simbólica nos insta a *relativizar* porque ante ella el individuo se ve desbordado, obligado a escuchar y necesitado de apertura. Para ello busca claves de interpretación, otras lecturas, diálogo, salida hacia el exterior. Digo relativizar sin caer en el *relativismo* grosero de nuestros días que propone el *todo vale* como forma de vida. La dimensión relativizadora nace del espíritu simbólico de toda religión, ya que este espíritu, siquiera, sienta un mínimo común denominador entre los hombres desde el que dialogar a todos los niveles: en todos ellos pervive el ancestro común que Ernst Casirrer denominó el *animal symbolicus* (al definir al hombre) como la necesaria e irrebalsable *matriz* que les ha hecho ser y que les ha dado la ideación. Que les permite detectar sus diferencias como modos de conjugar un mismo infinito, simbolizar. Que les permite reconocer-se como creadores e intérpretes. Como sujetos de palabra y de diálogo.

Todas estas cuestiones, tratadas con tino, profundidad y pedagogía, aparecen en estos tra-

bajos dignos de consulta para el estudioso del hecho religioso en particular y para el lector inquieto en general. Ambos se van a sentir interpelados al encarar unas propuestas que hablan del palpito religioso de nuestras sociedades, que hablan de *la vida del símbolo*, que

hablan de ellos mismos porque apuntan a la alteridad que forma parte de sus vidas.

Celso SÁNCHEZ CAPDEQUÍ

---